

EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 28 de Enero de 1879.

EL ESPEJO.

Puedo asegurar, si no es soberanamente mentira la invencion de la lógica, que el espejo precedió á la coqueteria de las damas, de tal modo, que sin este indispensable objeto hubierasido imposible á todo mortal desgraciado, y entiéndase hombre cuando este calificativo salga á la pública vergüenza, sufrir los venenosos rancores de la veleidad femenina; tanto es así, que un tocador sin espejo sería como escribano sin escribanía ó Júpiter sin etíopes que le fabricasen rayos, imagen más propia del uso de la fantasía del bello sexo.

Peró si es desconsoladora verdad la que he notado, es más llevadera la de que con la invencion del espejo ha desaparecido el estepticismo de las mujeres. Hoy todas creen en su hermosura. Ninguna se contempla sin sonrisas.

Desafío á encontrar una dama que confiese haber salido disgustada de su consulta con el espejo: aun aquellas á quienes naturaleza dotó con pobres gracias, ejemplares increíbles de horripilante hermosura, han pronunciado la frase sacramental, «no soy tan fea...»

Consecuencia: el hombre es la víctima del espejo, porque el espejo es el eterno amante de la mujer.

¿Quién profundizó el estudio del corazón de la mujer? Es éste en sus laberínticos senos muy semejante á aquellos precipicios formados por caprichosa y natural arquitectura, en los que el explorador que penetra y avanza tiene por límite lo que es principio: cien filósofos han investigado: algunos amantes han querido estudiar; pero á aquellos sobra lo que estos no tenían. A Abelardo le faltó ser un Balzac para conocer á Eloísa; Balzac en amores no ha sido un Abelardo. Formad un espejo, procurad que la mujer que en él se mira no se vea, y entonces descubriréis el problema.

Un espejo es un libro talonario; la dama hace diariamente con él sus cuentas; reduce todo á la más diligente contabilidad; una galantería, la declaración amorosa, la envidia, quizás la rabia y el despecho salen al recuerdo como las glorias y trofeos al militar. Todo se pesa en fiel balanza, y se cotiza ante la imagen que refleja en el espejo; por la dama que le consulta, y cosa extraña, el juez de todas estas causas femeniles no es sino la imagen que produce el azogue y el cristal; mejor dicho, el rayo de luz que brota, cual fulgurar,

te relámpago, en el encuentro de cuatro pupilas; es Cupido evocado por Venus en su mismo templo, presente al llamamiento de la Pitonisa.

El tocador es el sitio poético por excelencia, y el altar-fábrica de algunas bellezas, no es extraño que se hayan pensado en él los mayores crímenes; cuando la mujer se vé de lante de sí misma y confronta sus atractivos, créese capaz de las mayores resoluciones; sabe hasta dónde puede bajar y adivina hasta dónde puede subir. Por esto, el espejo puede ser el juez, bajo cuya sentencia sucumbe el orgullo de algunos hombres.

Templo de antigua idolatría, donde se adoran los ídolos más caprichosos; cortísimo espacio de inciensos y perfumes, en el que solo el sacerdote es Venus, yo me admiro ante el número de holocaustos que cotidianamente representas. Basílica del espiritualismo femenino, ora consagrada al amor; tú simbolizas la coqueteria del corazón, y ante tu presencia, son pequeños los grandes y grandes los infimales.

Solo quisiera penetrar en este santuario, donde el espejo se adora; allí donde los esposos han encontrado el Cervero que veda la entrada con el furor, para escribir el poema de la mujer; poema desgraciado cuyo desenlace habia de ser femenino revolución.

Como Aquiles, poderoso é invulnerable, tiene la mujer lugar vulnerable; quien lleve adelante la empresa de conquistar un corazón ha de penetrar en el sagrado del espejo, rico encantado de infinitas bellezas, bajarle de su trono y hacerle añicos, como los cristianos de Constantino con los ídolos paganos; así solo puede amanecer el esplendoroso día en que la mujer se contempla, no en el espejo de azogue, sino en el del alma, no en el barrio de la tierra, sino en las estrellas del firmamento.

Por eso hay solo un espejo espiritual é inofensivo; el más natural: el agua clarísima del arroyo, donde si es cierto que se contempla Galatea, ve antes que se hace la celestebóveda y adivina antes el destino del sentimiento que el fin de la veleidad.

ENRIQUE GÓMEZ ORRIZ.

MISCELANEA.

LOS POMITOS DE ESENCIAS.

Muchas señoras tienen la costumbre de llevar consigo pomitos de forma más ó menos elegante, llenos de líquidos ó de sales volátiles que exhalar un olor fuerte ó aromático. El principal mérito de estos pequeños pomitos está en conservar mucho

tiempo el perfume que encierran. Hé aquí la manera de prepararlos:

Una vez que se ha hecho la elección del pomito se introduce una sustancia porosa y absorbente como el amianto, ó mejor aún simples pedacitos de esponja muy limpios y secos. Se llena despues el pomito con el líquido que se prefiere, que se compone generalmente de amoniaco mezclado con otras sustancias odoríferas. Hé aquí una de las formulas más usadas.

Amoniaco líquido. . . 25 centilitros.
Esencia de romero. . . 1 gramo 50
— de lavanda inglesa. 1 — 50
— de bergamota. . . 0 — 50
— de aleli. 0 — 50

Mezclado todo, removédlo mucho y conservadlo en una botella bien tapada para llenar los pomitos.

Cuando la esponja del pomito está empapada convenientemente de perfume, lo conserva más tiempo que cualquiera otra sustancia; por esto se ha dado el nombre de inagotables á los pomitos así preparados. Deben llenarse con sumo cuidado. Cuando se ha introducido la esponja no debe verterse más líquido del que la esponja puede retener, estando abierto y boca abajo el pomito. Sin esta precaución, podría suceder que, estando destapado el pomito, se derramase sobre un vestido estropeándole, porque el amoniaco tiene la propiedad de desmenuir y quemar las telas.

Cuando los pomitos son de un color trasparente, los perfumistas, en vez de esponja, emplean lo que ellos llaman cristales insolubles. Estos famosos cristales son fragmentos de sulfato de potasa. Se llenan con ellos los pomitos; pero como el sulfato de potasa es menos poroso que la esponja, retiene poco líquido y este se derrama cuando se inclina el pomito. Para evitar los accidentes de que hemos hablado más arriba, se introduce en el cuello del pomito un poco de algodón en rama, que hace las veces de un tapon y no impide las emanaciones del perfume.

La sal de Praton, (sesquicarbonato de amoniaco) se emplea tambien para el mismo uso. Se llenan los pomitos con fragmentos de sesquicarbonato de amoniaco, que se vende en las farmacias, y se introduce en los intersticios un líquido así compuesto:

Amoniaco líquido. . . 125 gramos.
Esencia de bergamota. 25 gotas.
— de lavanda. 25
— de rosa. 25
— de canela. 40
— de aleli. 10

Bajo el punto de vista de la higiene, es recomendable la costumbre de las señoras que llevan siempre consigo pomitos así preparados. Aconsejamos á las personas nerviosas, en los casos de desconocimiento, vahidos, dolores neurálgicos, jar-

queca, crisis nerviosas de todas clases, el aspirar este perfume amoniacal.

Las mujeres que no deben prevenirse contra los accidentes de un temperamento nervioso, pueden reemplazar la sal de Praton y las otras composiciones del mismo género con el perfume que más les agrade.

Doctór Y.

Gonzalo de Córdoba en Italia.— No solamente se muestra el valor luchando cuerpo á cuerpo con el enemigo. A las veces es necesario mucho mayor esfuerzo para hacer frente á un trascendental desastre, que para desafiar el plomo y acero enemigos.

Caminaba el Gran Capitán al frente de su conquistador ejército por el reino de Nápoles, y sin duda por inadvertencia ó desuido de uno de los que custodiaban el carro en que llevaban las pólvoras, éstas se inflamó, y voló hecho astillas el carro. Ni había más pólvora, ni podía esperarla sino de España, en un tiempo en que un malos eran los caminos como fatales los medios de locomocion.

Otro caudillo, en verdad, habia rano desesperado; más aquel viró sin par, para neutralizar el efecto que en sus guerreros producirá aquel trascendental desastre, elevó la sonora y poderosa voz diciendo: «Alegraos, hijos míos; nuestra es seguramente la vitoria, puesto que anticipadamente el Cielo abra el cielo con salvas y luminarias.»

Isabel la Católica y Cisneros.— La inolvidable Isabel I era tan pelosa de los fueros de su autoridad suprema, como humilde al tratar de sus deberes religiosos.

Eligió para su confesor al celebrado rino cardenal Jimenez de Cisneros; y el primer día en que le llamó para confesarse, dichas de rodillas, las primeras oraciones, siguiendo una antigua costumbre, se sentó.

Al verlo Cisneros, con su severidad habitual, le dijo: «De rodillas, señora V. A. es el reyno el juez en representación de Dios, y ante Dios desaparecen las humanas jerarquías.»

Y la poderosa reina sin replicar se arrodilló dejando en el fiel la balanza, puesto que no es fácil decidir quién fué más grande, si la reina en su obediente humildad ó el sacerdote al desafiar el resentimiento de una mujer semi-omnipotente en la tierra.

Los individuos de la Academia francesa, en orden de sus respectivas edades siguientes:

Mignet, 83 años; Dufaure, 84; Duvergier de Aurande, 84; Viala-Castel, 79; J. B. Duméril, 79; Silvestre de